



polinizadores
de grafías

Polinizadores de grafías

Antología del
Taller literario



Huitzil



Miguel Ángel García y Gabriela Reyes R. (Coords.)
Polinizadores de grafías.
Antología del Taller literario Huitzil
México: Silla vacía Editorial

Primera edición, noviembre MMXVIII
1. Literatura 2. Literatura mexicana

Corrección de estilo

y cuidado de la edición | Sr. Tarántula

Maquetación

| Cristina Barragán Hernández

Diseño de portada

| Leodegario Mendoza

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN: 978-607-97729-9-4

© Silla vacía Editorial
www.sillavaciaeditorial.com
Miguel Cabrera 88a, Centro Histórico
CP 58000, Morelia, Michoacán, México

© Autores de cada texto



Polinizadores de grafías. Antología del Taller literario Huitzil está bajo una Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Licencia Internacional.

Esta obra es un bien creativo común, basta el reconocimiento oportuno de la autoría para poder reproducirse total o parcialmente, almacenarse, transmitirse, distribuirse y/o tratarse por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, químico, cibernético, cuántico, óptico, de grabación o fotocopia.

Impreso en México - *Printed in Mexico*

Contenido

Los (tres) primeros vuelos de los huitziles	
<i>Sr. Tarántula</i>	7
Roberto López Domínguez	
Chamuscadas sublimes	13
Tocamos hasta el final	16
Somnolencia efímera	18
Jaime Herrera Díaz	
Armas Corpóreas	23
Querencia En Demasía	24
El diablo encuerado	25
Cerdo al morbo	27
Rogelio Ferreira Escutia	
Qué difícil es	35
No lo hay	36
¿Cómo le puedo hacer?	37
Sólo en tus labios	38
Te inventaré	39
Me han contado	40
Alejandra Mariscal Escutia	
A donde el aire me quiera llevar	43
¿A dónde te recordaré?	44
El despertar del jilguero	46

Gabriela Reyes R.

Después de la muerte	51
Los cazafantasmas	55
Corazón clausurado	60

Delia Atenea Lira Santillán

El abuelo	63
El ave libre	65
Diametralmente opuesto	67
Si el mundo fuera justo	69

Abraham Nava Cahue

Y tú, ¿quién eres?	73
Otra tonta historia de amor	75
Heroica defensa	82
La noche de gran dolor	83

Los (tres) primeros vuelos de los huitziles

*Escribo
para que el agua envenenada
pueda beberse.*

CHANTAL MAILLARD

Proemio (muy corto, por cierto)

Escribir implica un acercamiento, un compartir cierta luz que pueda acariciar o flagelar el alma. Escribir implica plasmar nuestra esencia en apapelados lienzos o en la incandescencia de alguna pantalla. Escribir conlleva dibujarle un rostro a la experiencia para presentársela a quien lee con un *corpus* de palabras... Cuando escribimos encapsulamos la vida o hacemos justo lo contrario: le permitimos fluir para que nos deje de hacer daño.

El primer vuelo

Escribir fue la premisa y en aras de materializarla nos percatamos que, para beber esa *agua envenenada*, antes de escribir: era necesario leer. Con esa directriz, la de leer antes de escribir, nació en Cuitzeo el Taller literario Huitzil, ello gracias al inagotable entusiasmo cultural de Gaby, quien desde el inicio nos ofreció su espacio, el café *Terani*, como nido idóneo para madurar nuestras alas.

Poesía y cuento fueron los módulos que dividí en sesiones sabatinas, por lo tanto, la primera actividad consistió en impartir un taller literario que fuese teórico y práctico. Los atisbos poéticos y de la estructura narrativa nos otorgarían el sustento para identificar elementos teóricos y estéticos insertos en los textos literarios; aunado a ello, la cuestión medular consistiría en practicar dichos criterios con la elaboración de poemas y cuentos que serían compartidos en las sesiones, ello para recibir retroalimentación por parte del grupo.

Al llamado acudieron de forma constante las siete personas aquí antologadas, más otros participantes que se presentaron a las tertulias de manera esporádica. Las sesiones se plantearon breves pero fueron maratónicas debido al interés de los huitziles: en cada una surgió el diálogo, ya fuese para disipar dudas o, mejor aún, para engrosar aún más el cuerpo de alguna interrogante. Y así, siempre reunidos en comunión con la palabra, desde el corazón de un lago comenzaron a emanar las historias.

Segundo vuelo

Una vez organizados, nuestro vuelo consistió en gestar un círculo de lectura donde prevalecieran dos directrices: dialogar respecto a un libro en común y continuar con la retroalimentación de textos propios, ya sean poemas, cuentos o leyendas. Las reuniones fueron mensuales y no podían efectuarse en otro lugar que no tuviese la calidez de nuestro nido-casa-hogar y guarida literaria: el café *Terani*.

En el círculo de lectura me permití generar una propuesta de libros que considero matriciales para incentivar el conocimiento y deleite en la degustación literaria. Nuestras pupilas gustativas se regodearon con: *Los recuerdos del porvenir*; *Poesía no eres tú*; *Céfero*; *Los olvidados*; y, *Bartleby, el escribiente*.

Salvo la primera sesión, dirigida por un tarantulesco servidor, las demás fueron coordinadas por los huitziles, quienes eligieron el libro de su preferencia para charlar sobre él. Este segundo vuelo nos permitió cohesionarnos y gestar la organización requerida para fundamentar un proyecto literario de largo aliento.

El tercer vuelo (en realidad, el primero) En las líneas iniciales lo dejé claro: la finalidad de las letras se gesta en el sueño del compartir... Con ello señalo que cada huitzil propuso textos y sobre éstos hubo un proceso de dictaminación, luego devino el diálogo entre editor y autor para obtener las historias publicables; por lo tanto, este libro contiene siete perspectivas de vida, siete imaginaciones y sentires diferentes emanadas de siete circunstancias, de siete personas distintas... Por ello, afianzados en el pasado, en el futuro o en el presente, los autores nos comparten una ínfima muestra de aquello que les acontece.

Anhelos, reclamos, temores, recuerdos, ira, fantasías o sinsabores se ponen la piel de un cuento o visten el rostro de la poesía para decirnos que la vida se vive así: aquí, ahora...

La despedida (muy corta, por cierto)
Enarbolado lo anterior, sólo me resta apelar a la complicidad de quien lee para tomar las alas de los huitziles y, desde su propia esencia, emprender nuevos vuelos colectivos para polinizar las grafías de la existencia...

Sr. Tarántula
Otoño MMXVIII
Ciudad de la Cantera Iridiscente

Roberto López Domínguez



Es licenciado en Historia por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo; funge como docente en los niveles de educación básica y media superior, impartiendo las asignaturas de Historia Universal e Historia de México. Forma parte de una revista estudiantil independiente y se interesa por los temas de religiosidad popular, manifestaciones de cultos populares e historia de la muerte en México.

Chamuscadas sublimes

–Estamos a dos días de Navidad y las piñatas pasadas tenían cañas, naranjas y jotototes...

–¡Tejocotes! Fofó, le corrigieron unos niños chamagosos.

–Como se diga, no he visto ningún dulce. ¡Quiero dulces!

Hoy esos niños me esperaban, pero no llena como ellos imaginaban. Mi efímera existencia en temporada era anunciada con el “tiren tejocotes” de los asistentes y alistada con los sencillos aguinaldos que repartían las señoras, algunas madres de mis inocentes inquisidores. Sólo me limitaba a escuchar, colgada entre cuerdas y una polea oxidada... mi destino lo decidía aquel palo.

–La rezandera ya me tiene hartó con sus “Peces en el río”, sólo hay que cantar otro canto para que aquellos menso lleguen.

–Shhh, ¡cállate niño y canta, porque no te daré aguinaldo!, dijo aquella señora con cabello chistoso y muy esponjado por sus chinos.

Me aterró al ver a más miniverdugos unirse al coro de mi juicio; el forro de papeles coloridos eran los ornamentos de la sentencia, tal vez mi interior cargaba la blasfemia nutritiva que me orilló a la condena, pero hasta ese momento era una campeona, estaba arriba de todos, ¡sólo Dios ha de juzgarme!

–Fofo, aquí está la bolsa pero nos faltó un tostón para la caja. Don Nitos no quiso fiarnos porque le debemos los Cheetos y la Coca de antier.

–Nueve *cebollitas*, una *cazuelita* y cinco *buscapiés*.

–Shhh, niños ¡canten o no romperán la piñata!

Señora rezandera, entre menos sean, ligero será mi sufrimiento. ¡Castíguelos! ¡Que la ira divina caiga sobre ellos y no en nosotros!

–Recuerden, la *cazuelita* es abajo, los que tengan *cebollitas* van pa’riba y los *buscapiés* son para hacer correr a la gente. Se esperan a que yo les dé la señal, tengamos todo listo, informaba Fofo.

–¡Tú, chamaco! ¡Te dije que cantarás! Ahora sí, no tendrás aguinaldo, ni mucho menos te dejaré romper la piñata.

¡Bien hecho!, castigue a ese rufián, sus secuaces no harán nada sin que él les diga. Yo no puedo hacer nada, sólo estar colgada y tratar de comunicarle que no termine el canto final.

–Te quedarás aquí y nada de irte a la fila de los aguinaldos, ya les dije a las señoras que no te vayan a dar nada, eso te pasa por andar de perico.

–Señora, ¿me puedo ir cerca del nacimiento, ahí por las velotas?

–Sí, y si te portas bien, te guardo un aguinaldo; ahorita vengo, voy a hacer la fila de niños para piñata, dijo la rezandera al momento de dar la espalda.

La que oraba por mi salvación salió y se paró delante de los inquisidores. Seis luces postradas en pequeñas antorchas de cera me rodearon, en manos de ésos quienes esperan el veredicto ya establecido.

–“Dale, dale, dale, no pierdas el tino...”

–¿Y la señal? ¿Dónde está Fofó?, dijo uno de mis ejecutores.

El veredicto ya se efectuaba pero sin la ejecución exacta; no obstante, ese escuincle del apocalipsis salió apresurado con la séptima luz y algunas raras estrellas doradas en su costado. Un olor a algo chamuscado me llegó aquí arriba, ¿esa era la señal? Un momento... ¿por qué la rezandera grita? ¿Por qué la gente corre?

–¡Ahora!

Mi ejecución no era lo que esperaba, los palazos se detuvieron porque pequeñas estrellas naranjas, amarillas y doradas, que emergían de abajo hacia a mí, empezaban a envolverme. La gente con júbilo aclamaba el hecho, tal vez divino, pero corrían al ver algunas chispas que querían comerse sus pies; sobre todo la rezandera que, por la emoción, también tenía una epifanía ardiente en su cabeza.

–¡Escuincle baboso! ¡Mi pelo!, repetía esa señora, mientras corría entre la gente.

Reflexionaba entre mi lecho de cenizas, ¿por qué ella tuvo un castigo, si sólo rezaba? Caí en cuenta de que mi fugaz vida fue determinada cuando ella rezó. Una existencia tan instantánea como su pelo ya ausente, también marcaba la pena capital de esos engendros del mal y el líder del abismo: yo tenía algunos pecadillos nutritivos, pero muchas bendiciones tan dulces y celestiales para ellos, ahora chamuscadas de manera sublime.

Tocamos hasta el final

Maullaba un gato gris cada vez que recorría el pobre vecindario por las noches. Buscaba comida para satisfacer su apetito y sobrevivir al frío diciembre. Una de esas noches, cuando la luna llena estaba en su máximo esplendor, el frío entumecía al felino amigo y buscaba en las cocinas abiertas de los vecinos algún succulento platillo pero las horas pasaron y lo único que encontró fue a mí, un diminuto grillo: por poco me confunde con un bocadillo, desde ese momento acompañé sus maullidos con mi melodía.

Otra hora pasó, tuvimos un gran concierto: gatos, perros, ratas y algunas aves escuchaban atentamente pues el frío los congregó y nuestra música los calentó. El gato seguía hambriento y abandonó su momento, lo seguí, ya éramos muy amigos. Como muestra de amistad lo llevé al frente de una casa, donde dejaban comida cerca de un basurero. Llegó tan apresurado que cuando vio el plato lleno de comida, me agradeció inclinando su cabeza gris.

Una hora antes del amanecer seguíamos muy cerca de aquel plato, el gato se sentía mal; tal vez comió de más o ese polvito negro no le cayó bien. Empezó a temblar, tal vez era el frío que ni siquiera yo podía soportar pero después sacó espuma por su boca y se tiró al piso, empezó a maullar desesperadamente. No sabía qué hacer, sólo acompañé su canto con mi melodía.

Llegaron los asistentes a un concierto improvisado, todos aterrados con el hecho. Algunos sabían qué le sucedía a mi amigo, aun así continuaron con nosotros; nos acompañaron entre ladridos, chillidos y maullidos: con lágrimas terminamos de tocar el gran concierto de ese amigo mío.

Somnolencia efímera

Un espejo frente a mí, muy viejo por cierto, me permite contemplar mi piel morena que al ser visualizada lentamente parece pálida, aunque el rostro es difícil de ser detallado. La ropa negra que cubre mi cuerpo hace juego con mis ojos y cabello; pero hay algo raro, no sé cómo llegué aquí, trato de recordar pero nada, en negro. Me siento desconectado, como si no pudiera hacer uso de la razón, me percibo estúpido.

No sé quién soy, tengo una pesadez que me impide pensar, siento que en cualquier momento caeré de sueño, es tan pesado que sólo espero llegar a tirarme en alguna cama pero observo lo que refleja el espejo: es una vieja habitación, casi vacía, porque sólo está una silla de madera y el objeto que tengo frente a mí.

¡Un momento!, no hay puerta ni ventana, no veo alguna salida.

Con pánico reviso tocando las paredes para encontrar alguna manera de abandonar el lugar. Sin éxito, regreso frente al objeto reflejante, trato de calmarme y cierro los ojos: pienso en las posibilidades de alguna escapatoria, incluso trato de visualizar en mi mente una puerta en la habitación que me permita salir. Al abrir los ojos sólo enfoqué la vista en mi rostro borroso y en el sillón de cuero negro.

¿Un sillón?, pero había una silla de madera.

De pronto me percaté que la habitación no es la misma; tiene esa luz de un sol mañanero porque una gran ventana con cortinas blancas le permite entrar e iluminarla, una puerta doble de madera sin ningún grabado o tallado y un piso con el mismo material de la puerta, además que concordaba con las paredes blancas sin detalles. Me acomodé en el sillón para asimilar el suceso, no obstante, los recuerdos no fluyen, no aparecen... duermo.

Desperté, fue un sueño que después no recordaré.

Jaime Herrera Díaz



Nació en Cuitzeo, Michoacán, el 5 de marzo de 1988. Radica en Tupatarillo, comunidad enclavada en la zona norte del municipio de Huandacareo. Se dedica a la docencia en el nivel de la educación secundaria. El gusto por la lectura y la escritura se presentó en su adolescencia y ha tenido una evolución constante; actualmente su interés se centra en autores de la literatura nacional y la crónica sobre las culturas del México antiguo. Integrante del Taller literario Huitzil, donde se han fraguado los textos del presente libro.

Armas Corpóreas

Tus Ojos Y Mi Boca
Armas Extrañas Igualmente Peligrosas
Tu Mirada Y Mis Besos
Balas De Plata Que Aguardan Ansiosas
Por Salir, Por Entrar A Ciegas
Por Destruir, Por Crear Estrellas
Por Revivir, Por Matar Sin Dolor
Por Herir, Por Cambiar El Negro A Color.

Querencia En Demasía

Te Quiero
Sabes Que Te Quiero
Sé Que Te Quiero
Lo Que Quisiera Saber Es
Lo Que No Quieres
Porque Lo Que Quise Y Ahora Sé
Es Que Me Quieres
Porque Lo Que No Querré Es
Que Seas Lo Que No Quieres.

El diablo encuerado

Muy de mañana, se escuchó a lo lejos un sonido de pezuñas sobre el tepetate de la calle, se hacía más intenso mientras se acercaba; se trataba de Tío Justo montado en su yegua, iba al potrero a cortar elotes.

–Güenos días compare–, saludó por encima de la cerca de piedra de mediana altura, que dividía por un lado la calle y por el otro el patio de la casa de Don Luis, quien se encontraba enrollándose una manta amarillenta alrededor de la cabeza; lo vio de reajo, frunció el ceño, terminó de envolver el harapo y por fin contestó de mala gana:

–¡Qué bien quedates ayer jijo de la tiznada, pero esto no se va a quedar así!

–¡Pos no!, se te va a poner más morao–, reviró Tío Justo soltando una carcajada y continuando su camino, recordando el suceso de la noche anterior.

En el ranchito de Tupatarillo, privilegiado por encontrarse a una altura superior a la del potrero en donde sus habitantes tienen sus cultivos y sobre el cual se encuentra el callejón real hacia Huandacareo, hace mucho tiempo, cuando no había alumbrado público y la gente se recogía temprano, durante las noches, al diablo se le ocurría pasearse encuerado encima de su caballo negro, con fuego sobre sus manos. “¡Ahí viene el diablo!”, era el grito que

en medio de aquella quietud se escuchaba procedente de la primera persona en divisarlo, inmediatamente la gente aterrada se asomaba por las ventanas, persignándose y más de alguno, mojando los calzones de manta o las enaguas, observaba al jinete infernal en la distancia a todo galope recorriendo el camino real de lado a lado, para después perderse de vista por el rumbo de Los Pocitos. Ya llevaba apareciéndose diariamente más de un mes.

Pardeando la tarde de un día de septiembre, cerca de las fiestas de San Nicolás, Tío Justo, armándose de valor, decidió hacerle frente, se echó unos tragos de chinguiri y esperó oculto al lado del camino. Del rancho se escucharon los gritos: “¡Ahí viene el diablo!”. Tío Justo se quitó el sombrero inmediatamente, tomó una piedra de buen tamaño y en el instante en que pasaba a toda carrera se la tiró con todas sus fuerzas, el jinete cayó estrepitosamente mientras los olotes encendidos con petróleo que traía en sus manos salieron volando hacia el aire. Tío Justo regresó corriendo a su casa y durmió inmediatamente con una sonrisa en su rostro, se hacía tarde y muy temprano tenía que levantarse por elotes para hacer uchepos.

Cerdo al morbo

Era el segundo piso de un restaurante, subiendo por las escaleras, hacia la izquierda, en un rincón estratégicamente escogido por la propietaria, se encontraba una mesa (la mesa reservada) para una de esas cenas románticas que ameritan planificación y dedicación. Había pétalos de rosas regados por el piso y a los costados aromáticas veladoras encendidas sólo lo suficiente, pues en la mayoría de los casos se pretendía la oscuridad con fines meramente “concentrativos”, por si la plática daba un giro inesperado junto con los implicados en la cita.

La dueña sabía muy bien que se podían suscitar ciertos episodios ofreciendo este tipo de servicios, sin embargo, muy visionaria, comprendía que se trataba de calidad y atención al cliente, haciéndose un poco de la vista gorda con algún asuntillo que pudiera poner en riesgo el prestigio de la empresa, razón por la cual, existía el recoveco del amor donde se encontraba todo preparado para el encuentro. Ordenó, con anterioridad a la llegada de la pareja, dejar un par de sobrecitos metálicos, los de la “M”, por si acaso, que, aunque tenían la fecha de caducidad muy cercana, no importaba, pues bastaba constatar que tuvieran un poco de aire en el interior para comprobar su buen estado y ser usados en caso requerido, debido a que en la

mesa estaría presente el vino, el cual puede llevar a cierta cercanía de los cuerpos y posteriormente de las bocas.

Las personas que habían reservado llegaron lo formalmente tarde que se requiere pero, ¡oh sorpresa!, sucedió algo diferente a lo que acostumbran los cánones: ¡dos hombres y una mujer!... ¿Para una cena romántica?... Es verdad, hay que respetar la vida de las personas pero ¡semejante espectáculo para los clientes restantes! Algunos se encontraban a la entrada y de lejos alcanzaban a ver pétalos tirados en el suelo, estaban acostumbrados a las citas de pares y, además, para eso estaba la casa propia o, mejor aún, la de los papás.

En la mesa más cercana, la mesa del cerdo, teniendo un poco de vista de la mesa reservada, se encontraban 12 personas reunidas, estaban disfrutando de un lechón al horno con su manzana en el hocico y todo. Parecía la escena de la última cena, excepto que en vez de pan, porcino, y sin un Judas, pero lo que no pudo faltar fue el vino. A la cabeza del tablón se encontraba un joven con gafas quien fue el primero en reparar sobre semejante circo y después los que ahí estaban. Al ver la situación pusieron el grito en el cielo; que cómo era posible, que por tal razón mejor se retirarían del lugar. La dueña los tranquilizó diciéndoles que se encontraban muy lejos de la mesa, que no los molestarían. No los convenció del todo la explicación y amenazaron que a la primera falta de respeto hacia sus ojos se marcharían.

Estando sentadas las personas de la mesa reservada, no tardó en comenzar el espectáculo; dos de ellos, que por ciertas razones no mencionaré, hicieron inmediatamente

uso de los pequeños sobres metálicos de la M, así sin más, así de rápido, teniendo cuidado de hacerlo a escondidas, aunque pensaban que los individuos de la mesa del cerdo no se daban cuenta, era mejor tomar precauciones y usar una de las manos para ponerlos y la otra para tapar esa parte del cuerpo, que hasta para las mentes más liberales es motivo de vergüenza ante la crítica; la gente últimamente se fija mucho en el tamaño y se preocupa en darle un mantenimiento adecuado para su función ya que al paso de los años pierde fuerza. Mientras estaban entretenidos, la persona restante, muchos años más joven y de estatura más corta, al ver lo que hacían los otros dos, sin poder articular palabra alguna sólo señalaba su boca como queriendo decir que se le había antojado aquello. No es de extrañarse tanto por este actuar, en la mayoría de los casos los menos inexpertos desean experimentar primero, utilizan incluso objetos más grandes de los que pudieran entrar en ese sitio del placer que nos dio la vida.

Fue bastante evidente para las personas de la mesa del cerdo lo que estaba sucediendo, durante ese momento el joven de las gafas estaba repartiendo jugosas porciones de la pierna del cochinito, acción a la que los demás no le daban importancia, pues ahora su atención, con toda razón, menos con la del estómago, estaba dirigida hacia la mesa vecina y aunque ellos se retirarían si pasaba algún suceso fuera de lo común, les pudo más la salsa de morbo con la que estaban dispuestos a acompañar el chancho.

La mesa reservada llamó la atención de uno de los empleados al ver a los sujetos, que para estas alturas se en-

contraban haciendo uso del material de los sobres metálicos: se hallaban en una posición incómoda. Al momento, el joven se atrevió a interrumpirlos y les sugirió el uso de un sillón más amplio que por ahí se encontraba, les explicó que, de sus ganas, él les traería con gusto una cama, que para eso se hicieron y que anhelaba sumarse a la escena; la patrona comprendería porque ella lo hacía todas las noches, incluso hasta dos veces por día cuando tenía ganas. Tanto era el deseo del empleado que más tarde salió corriendo a su casa para repetir esos momentos y mejor aún, él solo, aprovechando que sus papás no se encontraban.

Los comensales no pudieron distraer su atención, era momento de mandar el cochino al carajo y estar atentos para ver en qué podía parar todo aquello. Parte del cerdo que iba viajando del plato a sus bocas, incluso el que ya se encontraba dentro, regresó al plato, la comida pasó a ser parte del postre, el plato fuerte se encontraba en la mesa reservada, incluso el joven de las gafas, quien se supone era el más sereno, se enfocó en los extravagantes vecinos.

El espectáculo que observaban parecía de naturaleza anormal, y era de esperarse, esa cena empezó mal desde que la pareja, junto a su hijo, subió por las escaleras. Sí, al comienzo como una bonita familia, los papás llenando de besos al chico, pero esos sobres de la M (*Mentafresh*) fueron los dulces de la discordia; al darse cuenta de su mal aliento y de que estarían conversando muy de cerca, los papás utilizaron las mentas. Sabemos que con el pasar del tiempo la boca puede perder su dentadura y por lo tanto su fuerza, los niños todo lo que encuentran lo llevan hacia

ella, incluso objetos que parecieran mayores a su dimensión; el gusto es tal vez, el primer sentido que les otorga placer y una golosina negada es motivo suficiente para propiciar el berrinche del escuincle, de ahí la incomodidad inmediata de los papás, quienes por disimular la situación aguantaron las ganas de propinarle una buena nalgada. Para salvar la noche intentaron dormir al engendro, el empleado se dio cuenta y les ofreció un sillón más amplio, él hubiera querido traerles una cama y de paso usarla, pues había trabajado sin descanso durante toda la mañana, en fin, ¿no hubiera sido preferible dejar al mocoso en la casa de los suegros, quienes ya tienen experiencia en el cuidado de los infantes?

Rogelio Ferreira Escutia



Nació en la ciudad de Morelia, Michoacán, el 25 de noviembre de 1971. Estudió la carrera de Ingeniería Electrónica en el Instituto Tecnológico de Morelia de 1990 a 1995. Posteriormente realizó una maestría en Ciencias Computacionales en el ITESM, Campus Morelos, de 1997 a 1998. Desde 1999 se desempeña como Profesor Investigador de tiempo completo en el Instituto Tecnológico de Morelia dentro del Departamento de Sistemas y Computación. Ha impartido 40 cursos diferentes en siete carreras del área de ingeniería y en dos posgrados de maestría. Ha publicado 11 artículos de investigación científica, un capítulo en un libro, una publicación en una revista electrónica y ha impartido 35 conferencias a nivel nacional.

Qué difícil es

Qué difícil es oírte y no poder decirte todo lo que siento.
Qué difícil es verte caminar y no poder seguir tus pasos.
Qué difícil es ver tu piel y no poderme acercar.
Qué difícil es ver tus lunares y no poderlos acariciar.

Qué difícil es aspirar tu perfume y no poderlo atrapar.
Qué difícil es ver tu cuello y no poderlo devorar.
Qué difícil es ver tus labios y no poderlos besar.
Qué difícil es ver tu escote y no poderlo desabrochar.

Qué difícil es ver tu ropa y no podértela quitar.
Qué difícil es ver tu cuerpo y no poderme adentrar.
Qué difícil es sólo ver y no poderte tocar.
Qué difícil es aguantarme todo eso sin a tus brazos saltar.

Qué difícil es...

No lo hay

No hay hechizo más grande
que la mirada de tus ojos,
no hay mejor encanto
que el sabor de tu piel.

No hay mejor recuerdo
que ver los atardeceres contigo,
escuchar tu voz y tus latidos
recordando nuestros momentos del ayer.

No hay noche más bella
teniéndote como testigo,
ni sonido más felino
que tú platicándome al oído.

No hay mejor vista
que verte desnuda a flor de piel,
no hay calor más grande
que el beso que te robé,
no hay éxtasis más grande
que entrar en tu piel.

Simplemente no lo hay...

¿Cómo le puedo hacer?

¿Cómo hacer para que por mí enloquezcas?
¿Cómo hacer que por mí desfallezcas
y de mí te puedas enamorar?

¿Cómo puedo hacer que sientas
todo lo que siento por ti?

¿Cómo le puedo hacer para que
el único mundo ante tus ojos sea yo,
y que sólo conmigo te sientas amada y protegida?

¿Cómo le puedo hacer para que sólo pienses en mí,
para que sólo vivas por mí,
para que sueñes
sólo con mi boca y mi piel?

Ya no sé ni qué pensar,
yo sólo sé
que ¡quiero ser la playa de tu mar!

Sólo en tus labios

Sólo en tus labios
he podido encontrar,
algo que no sé explicar.

Sólo en tus labios
he podido encontrar,
las respuestas
que en ningún otro lugar
he podido hallar.

Sólo en tus labios
he podido encontrar,
el refugio
en donde siempre quisiera estar.

Sólo en tus labios
he podido encontrar,
el fuego y la pasión
que nunca imaginó mi corazón.

Sólo en tus labios
he podido encontrar,
la dulzura y el amor
que me hacen perder la razón.

Sólo en tus labios...

Te inventaré

Me pregunto a cada instante cómo haré para olvidarte
si no puedo borrarte ni un solo instante,
si ya mi alma muy lejos te la llevaste.

No respiro más que tu aire, no escucho más que tu voz,
no veo más que tu mirada, no siento más que tu piel,
y no logro más que inventarte.

Sí, te inventaré, en cada mujer que yo mire,
y en cada mano que yo estreche, te inventaré.

Cada noche, entre mi almohada y yo
sólo un vacío me separa, y en ese espacio una mujer inventaré.

Entre sueños te haré el amor hasta el amanecer,
entre besos y caricias, y enredado a tu piel, quiero desfallecer,
con la mujer que por las noches, yo inventaré.

Aunque no te tenga de verdad, me tendré que acostumbrar
a esta cruel realidad, y es por eso que por ti, mujer,
habré de esperar tu anhelo llegar,
y mientras tanto en mi mente noche a noche, yo te inventaré.

No he de sufrir ni he de llorar,
pues aún muerto te habré de inventar...

Me han contado

Dicen, y me han contado
las malas lenguas,
que las mujeres que he besado se enamoran de mí.

Pero no te fijes en mí
ni sueñes con mis labios o mi boca,
porque eso seguramente te llevará
a ponerte como loca y a enamorarte de mí.

No es mi ego,
ni soy tan bueno
(o al menos eso creí),
como para besar a alguien y que se enamore de mí.

Pero no intentes ni siquiera
por error intentar besarme,
porque tal vez tu suerte cambie y te enamores de mí.

Esas malas lenguas,
que tantas cosas hablan de mí,
muy seguramente se han de equivocar,
pero por si acaso,
no te acerques a mis labios porque te enamorarás de mí.

No lo sé, me han contado...

Alejandra Mariscal Escutia



Mi nombre es Alejandra Mariscal Escutia y nací en la ciudad de Morelia, Mich., un 26 de mayo de 1970; la mayor parte de mi vida ha sido en el hermoso pueblo de Cuitzeo del Porvenir: tengo radicando 20 años en la ciudad de Guanajuato, Gto. Durante la estancia en mi estado natal realicé mis estudios hasta alcanzar un nivel técnico. Gracias a mi trabajo tuve la oportunidad de seguir creciendo profesionalmente y obtener título universitario en la carrera de Psicología Organizacional y maestría en Gestión del Conocimiento y Administración de Recursos Humanos. Después de 30 años de vida retomo el arte por la literatura: durante mi juventud estudié teatro y participé en algunas obras teatrales. A lo largo de mi vida he tenido experiencias de toda índole, permitiéndome conocer, entender y atender cada escenario. La reflexión y la sensibilidad son mi apoyo para estar atenta al mundo.

A donde el aire me quiera llevar

Ha llegado la tarde,
detengo mi ritmo y mi andar,
es momento de contemplar el espacio
y profundizar en mi vida despacio.

He recorrido distintos escenarios,
cada uno con su esencia humana,
a veces difícil de entender,
a veces duro de aceptar.

Al cansancio no le permito entrar
pues mi camino no ha de terminar,
el aire abrirá la puerta
y me dejaré por él abrazar.

Un abrazo que no me suelte jamás,
y cada vez más y más me aferre a él,
donde el viaje perdure por la eternidad:
a donde el aire me decida llevar.

¿A dónde te recordaré?

La vida, ¡oh maravillosa idea de la vida!

¿Yo tendría que sentir esto?

¿Yo esperaba esta tragedia?

No existía en los consejos o experiencias de mis padres,
el mundo no estaba sumergido en la violencia
y con angustia de vivir.

¿Por qué?

¿Por qué?

Una pregunta que se quedará sin respuesta.

Siempre escuché que la pérdida de los padres
se llama orfandad,

la muerte de la pareja se llama viudez,

¡pero alguien que me diga!

¿Cómo se le llama a la pérdida de un hijo?

¡Eso no tiene nombre!

Aún no puedo decir que lo he perdido pero,

¿cómo puedo vivir con la esperanza de tenerlo con vida.

¡Oh qué pena siento que nadie me dice algo para animarme
y continuar en mi búsqueda,

poco a poco me consumo
y la flama de mi corazón se apaga!

De qué sirve observar las noticias
si están plagadas de dolor,
de angustia, de engaño y no hay verdad.
De qué sirve acudir al gobierno
si cada vez me quitan las ilusiones
y aumenta la impotencia de no tener luz
en medio de esta oscuridad.

¿Dónde estarás hijo?
¿Estarás escondido por alguna travesura?
¿Preparándote quizás para tú último examen de carrera?
¿Estarás con vida?

¡Qué ironías tiene la vida!
¡Fui la primera en recibirte al nacer
y no soy la última en verte morir!

¿A dónde te recordaré?

Te recordaré
en ese lugar que sólo las madres tenemos
para guardar secretos,
deseos y sueños,
en donde sólo el anhelo hará realidad que la vida
te devuelva a mí.

El despertar del jilguero

Después de un día intenso en el trabajo, mantuvo la idea de llegar a casa y disponerse a descansar. Así fue, salió atravesando calles y avenidas, por fin llegó a su hogar. ¡Anhelaba encontrar una mascota que saliera a su encuentro! Sentir compañía, pero su compañera era la soledad: siempre. Abrió la puerta principal y fue a su cuarto, se desprendió de sus prendas para acostarse. Todo transcurría con calma, deseaba involucrarse en un profundo sueño.

En la mañana, antes de abrir los ojos sus oídos prestaron atención al dulce canto de un ave, sonaba tan hermoso que de pronto su cuerpo sintió alegría y se levantó muy despacio. Su vista se detuvo en el ventanal del cuarto y con el suave movimiento de la cortina vio que se asomaba un árbol. El escenario estaba a punto para ver una obra de teatro, poco a poco apareció el maravilloso cantante: un jilguero que entonaba melodías llenaba el ambiente de luz. Aún con su presencia, él continuó cantando.

Ella empezó a tararear al ritmo de su melodía, estableció un diálogo, a su propia manera, y terminó de cantar. El ave movió las alas y ella le pidió con las manos que no se fuera. Accedió y se acercó brincando entre el tronco y las ramas. Fue un momento muy emotivo, muy hermoso pues a través del canto ella percibió la plenitud de la vida.

No supo cuánto tiempo transcurrió después del encuentro, pero ha sido demasiado, los años ya se quedan a su lado. Una tarde se asomó al ventanal observando el árbol, escuchó un sonido y al instante recordó el canto de aquel jilguero: estaba ahí, entre las ramas, y ella comenzó a tararear su canto. Volvió al primer encuentro, aquel canto que la despertó y nuevamente la levantaba para continuar viviendo. Tal vez no era el mismo jilguero, pero su canto la despertó para cantarle a la vida.

Gabriela Reyes R.



Lic. Gabriela Reyes R. Nacida en abril de 1987. Mujer orgullosa de Cuitzeo, Michoacán, un pueblo con amplia riqueza cultural. Cursó la carrera en Contaduría Pública y una maestría en IEF en la ciudad de Morelia: *ULSA. Emprendedora en potencia*, inspirada en el fortalecimiento y crecimiento de los entes culturales y de sus raíces. Co-coordinadora del Taller literario Huitzil y fundadora de Terani Café, en donde se han tejido inspiraciones para proyectos en pro de la sociedad, aunados a diferentes actividades culturales, entre ellas alianzas recientes con: Silla vacía Editorial, pintores michoacanos, músicos, dramaturgos, cantautores, escritores y diferentes trabajos realizados con asociaciones civiles, por mencionar algunos. Primogénita de la familia, apasionada del café y los buenos amigos.

Después de la muerte

Estoy sentada frente a mí, en este cuarto gris, frío y vacío, trato de evitar que mi alma mastique mi cuerpo; a tono de alarido le grito para que despierte, que ande, que esta vez todo será diferente; agarro mis manos, sacudo mi cabeza pero nada, mi cuerpo frío y sin vida sigue recostado sobre la plancha. Raparon mi cabeza y con un marcador de hierro al rojo vivo tatuaron en mi nuca un letrero que decía: *Inservible*. Junto a mí un expediente blanco que tenía por título *Diagnóstico*.

Se hace constar que el sujeto Código 09-487 ha sido retirado del mercado por deficiencia en:

- Procreación. El sujeto tiene útero vacío.
- Amor. Denota una ligera fisura en el corazón, lado izquierdo inferior, 1.45 cm, desgarré, por tal razón no hay nada bueno que pueda retener.
- Interacción social. Básica, el hemisferio cerebral izquierdo presenta una segregación, lo cual provoca falta de comunicación con sus semejantes.

Quise tomar aquel papel, que por obvias razones no puede un espíritu tocar, hacerlo trizas, gritarles que era un error, ¡no soy un objeto! Estoy cansada de que la gente me use y me deseche, creen que no tengo sentimientos, un robot no siente dolor y yo lo he sentido toda la vida.

Llegué al punto de gritarle al mismo Dios del que todos hablan: “Dame una oportunidad más, la merezco después de tanto que me debes”; de pronto, sin más, escuché en la puerta de entrada al reclutamiento de cuerpos en la morgue, que con cada minuto que pasa sentí que se convertía en mi casa, una voz clara y precisa diciéndome: “Puse frente a ti buenas personas y las arrojaste a la calle, te di una máquina corporal perfecta y la ultrajaste de todas las formas posibles, te di buenas batallas para fortalecer tu valor y tu solución siempre era cortarte las venas, fuiste soberbia y frívola con las personas que te pidieron ayuda, todo el amor que te di lo enclaustraste hasta hacerlo corrosivo y ahora ¿crees merecer una segunda oportunidad?”.

Sentí un estruendo en el pecho que dominó mis nervios, ese reclamo me taladró hasta el más íntimo de los recuerdos y apretando los dientes le dije: “Vas por la vida predicando amor y me engendraste en una familia que terminó el día en que el sujeto X matara al sujeto Y con una llave de gas, dejándole el rostro desfigurado; fui abusada más de una vez por animales de diferentes clases sociales, sobreviví con limosnas cuando niña, doy lo mejor de mí y esos hijos tuyos exigen siempre más hasta empobrecerme los sentimientos; quise amar cuando sentí un corazón indefenso en mi vientre pero él me lo sacó a golpes por ser un error que arruinaba sus planes, juzgándome de torpe por no haberme cuidado y, a pesar de defenderme con todo lo que pude, sentí cómo se desgarraba mi vientre y con él la esperanza de una compañía. Todo lo que tuve fue un anciano que llevaba mi sangre, el cual hace tanto tiem-

po me arrebataste, dejándome sola. Obsérvalo tú mismo, señalando el diagnóstico, me tratan como un ser vacío sin más beneficio para el mundo. ¡No soy un robot!”

Entre el marco de la puerta aquella voz comenzó a avanzar hasta iluminarse un hombre con bata blanca y guantes de látex, diciendo: “Entiendo tu dolor pero es hora de dormir para siempre, eres parte de un prototipo social, ya no tienes una razón de ser en este mundo de los vivos”.

Con el coraje a flor de piel, corrí y me abalancé contra él, tal vez si lo asesinaba no podría hacerme daño, pero fue en vano, me fui de paso hasta la pared de enfrente, no logré detener sus pasos que se dirigían a mi cuerpo interfecto y mutilado rogándome ayuda. “Ven y entra a tu cuerpo, despídete que es hora de partir, tu existencia comienza con el estudio de las diferentes partes de tu cuerpo en el laboratorio”, me dijo.

Escuchar aquello me dejó estupefacta: “No, ¡jamás!, yo necesito otra vida, sólo una más. ¡Habrá alguien a quien le importe algún día!”. Articulaba esto cuando él comenzó a desmembrar mi cuerpo, separó cada parte: manos, pies, mi cabeza quedó junto a mis rodillas, todo etiquetado para envío a centros de investigación de diferentes partes del mundo.

Le grité, rogué, supliqué y golpeé mil veces sin lograr nada, se dio la vuelta y salió dejándome ahí, abrazada a mis pedazos, intentando unirlos una y otra vez, llorando por haberme negado la oportunidad de ser alguien: un código, eso fue lo mejor que pudieron ofrecerme. Verme fragmentada fue volver a vivir la pérdida de aquel ser en mi vientre que nunca pude superar, taladraba en mi cabeza el

dolor que es sentirte nada para nadie, sin voz, sin cuerpo, sin identidad... no pude más con el dolor, salí corriendo de aquel cuarto sin detenerme ante nada, sin darme cuenta que la luz se alejaba cada vez más, adentrándome en un abismo oscuro al que llamaron purgatorio.

Los cazafantasmas

Después de 72 horas de rogar y rogar, en donde uno me manda con el otro y el otro me regresa con el uno: “Yo no sé pregúntale a tu padre”, “No quiero problemas, pregúntale a tu madre”, finalmente accedieron por dejarme ir a casa de Martín un día antes de su cumpleaños. Queríamos hacer pijamada, estaba tan emocionado por encontrarnos el viernes a las 5 en su casa que llegué con mochila en mano cargando todo lo necesario para afrontar cualquier problema en la lucha contra esa famosa intrusa.

Nos bajamos del carro, mamá me tomó de la mano, me volteó frente ella y me dijo: “Escúchame muy bien, compórtate como se debe, no vayan a estar haciendo travesuras que si no... De mí depende que sea la última vez que salgas”, palabras acompañadas de una lista interminable de condiciones que me hacía la mujer. Dimos media vuelta y nos dirigimos a tocar la puerta, ¡vaya que era grande y con un tallado en madera color oscuro que me invitaba a descubrir todos los secretos que guardaba! Debo confesar que me intimidó un poco, yo apenas llegaba al metro de altura y ni siquiera alcanzaba el timbre, finalmente la señora Lorena salió a la expectativa lanzándose con abrazos y besos, cubriéndome la cara con esa melena roja y bastante rizada. En cuanto escuchó el timbre, Martín llegó corriendo a mi encuentro

con los zapatos llenos de lodo y la espada desenvainada, me molestó un poco pensar que habría comenzado la lucha sin mí; me despedí de inmediato de las mujeres entusiastas en el intercambio de palabras y me precipité al costado de mi amigo.

Al terminar el día, llegadas las 00:40 am, consideramos que era el momento justo para salir de nuestra habitación; giramos la perilla lentamente para que nadie nos escuchara en el cuarto de enfrente. Salimos de puntitas caminando por ese pasillo largo y oscuro que fuimos iluminando tenuemente con la pantalla blanca de su celular: estaba lleno de fotografías familiares y un espejo de marco muy decorado, bromeando le dije que si su abuelita salía de la foto para ir a arreglarse las pestañas, molesto me explicó que su papá lo usa para peinarse el bigote cada mañana cantándole al reflejo. Cuando llegamos al final del pasillo, y después de haber bajado las escaleras de madera sigilosamente, dimos una vuelta inesperada cuando un gato salió de no sé dónde por la parte de atrás: yo sentí que dejaba de respirar y Martín me dio un empujón del susto. Obligándonos a guardar silencio uno al otro, retomamos el camino hacia el enorme sillón que decoraba su sala que, por cierto, no sé si era la oscuridad o yo lo vi más negro que de costumbre.

Habíamos repasado una y otra vez el plan para capturar al fantasma que se escuchaba cada semana en el estudio, bajo la escalera que llevaba al pasillo. Alguna vez, cuando mi amigo le platicó a su mamá, ella le dijo que seguramente escuchaba todo eso por haberse portado mal, que corrigiera su conducta y se durmiera temprano.

Justo como lo había presentido Martín, los ruidos comenzaron a escucharse: unos pasos puntiagudos fueron bajando las escaleras y se perdieron en el estudio que se abría lentamente, recibidos por una algodonosa alfombra roja. El fantasma siempre regresaba y pasaba junto a su cuarto pero ahora se escuchaba con un andar pesado y fuerte como si ya se hubiera alimentado de algún chiquillo que encontró fuera de la cama; seguimos escondidos detrás de aquel sillón sin hacer el menor movimiento; con los corazones a punto de colapsar escuchamos pasos bajar nuevamente la escalera, un poco extraños esta vez; abrieron nuevamente la puerta del estudio sigilosamente, después de dos minutos Martín y yo (gateando sobre el piso) avanzamos un poco asomando la cabeza para tomar valor y llegar hacia la puerta de madera que limitaba mi pánico escénico de aquel cuarto lleno de cabezas de niños sumergidas en aguas cristalinas o, peor aún, tal vez había un escritorio lleno de partes humanas.

Era preciso ponerle fin esa noche porque al día siguiente era cumpleaños de Martín, no fuera siendo que en esta ocasión le diera hambre más temprano y arruinara la fiesta. Yo llevaba lista la lámpara absorbe fantasmas que nos costó mucho trabajo conseguir, es como la de Aladino, sólo que en lugar de liberar un genio, ésta los atrapa. Escuchamos unos ligeros quejidos que provenían del interior del estudio, era el momento perfecto, la fantasma estaba ocupada comiéndose tal vez al gato porque ya no lo vimos, o a algún niño, lo que no entendíamos es ¿por qué precisamente le gustó el estudio de los Marín?

Del interior provenía una luz tambaleante como fuego, seguramente los cocina, y era fantasma mujer, de eso estábamos seguros, pero lo confirmó la voz bajita que usaba mientras escuchábamos cómo disfrutaba del platillo que comía: “Esto me encanta”, decía ella, seguramente era el hígado o el corazón, ojalá haya sido el corazón para que ese pobre niño no haya sufrido tanto.

Era precisa una fotografía que mostrara la evidencia de la captura, por eso decidimos tener listo el celular. A la cuenta de tres empujamos la puerta que terminó dejando al descubierto aquella increíble escena, en donde no era un fantasma sino dos, aunque creo que al segundo lo castigó esa malvada mujer. Vestidos de negro, él con capa y azotes en su espalda desnuda; ella con antifaz, botas negras muy altas de tacón y una especie de resortes del mismo tono amarrados alrededor de cada una de sus piernas descubiertas, con cabello largo y negro cubriendo un mechón rojizo y rizado que colgaba discretamente por su cuello, con sus bocas pintadas de rojo y manchados hasta los cachetes, hacían un ritual en donde él rezaba en el suelo con las manos esposadas y una venda en los ojos.

En el lugar hacía bastante calor, seguro por las velas que había por todos lados, fue tan rápido que al abrir la puerta ella nos miró con sus ojos grandes y enojados, yo destapé la lámpara y terminé aventándola a media alfombra, ella nos lanzó desde su lugar una de tantas velas y un latigazo que por poco sentí que me atrapaba, gritamos y salimos corriendo de regreso al cuarto, nos encerramos y nos metimos bajo las cobijas

con gritos que fueron insuficientes para que sus papás fueran a nuestro rescate.

Con preocupación le dije a Martín que lo lamentaba mucho pero que con el susto lancé la lámpara y me quedé con la tapa en la mano así que, si había funcionado, seguramente esos malos espíritus se volverían a salir, lo bueno es que aún teníamos la foto para mostrarles a todos que no mentíamos... Martín afligido me dijo que él también lo sentía, pero por accidente había tirado el celular, no supo en qué momento ni en dónde quedó.

Definitivamente no dormimos esa noche y a la mañana siguiente intentamos platicarles a Lorena y su esposo pero parecía que andaban tan ocupados que nunca quisieron escucharnos, su papá sólo dijo que él nunca escuchó nada extraño, que tal vez habíamos soñado. Buscamos a plena luz del día nuestros objetos perdidos pero se los había tragado la tierra. En la fiesta Martín sopló las velitas del pastel y pidió un deseo, en secreto me contó que fue encontrar el celular para mostrarles a todos la aventura de esa noche. Algunos años después aquella lámpara apareció misteriosamente como maceta de un pequeño cactus, en un mueble junto a la puerta de la casa de Martín.

Corazón clausurado

Muero por gritar hasta el fondo más oscuro del mar
cuánto es que te amo
pero no existe idioma que pueda transmitirlo
y me ahogo entre huracanes
con olor a canela y orquídea negra.
¿Qué hacer para tenerte?
El agua comienza a sofocar mi mente
y me doy cuenta que estoy en una burbuja impenetrable.
Siento que el corazón se aprisiona
con la impotencia de no tocarte al menos con una palabra,
pero es imposible, el candado fue cerrado
y guardé la llave en el bolsillo más pequeño del espejo.
Ven, destruye mi mundo y llévame fuera de mí,
sin preguntar te seguiré:
volaré entre los minerales lejos de mi cuerpo,
siempre de la mano de tu verdad.

Delia Atenea Lira Santillán



Nació en Maravatío, Michoacán, en 1986, aunque actualmente reside en Cuitzeo. Profesora en Educación Primaria egresada de la Escuela Normal Urbana “Profr. J. Jesús Romero Flores”, con licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas. Ha participado en varios seminarios de literatura como el de Lengua Inglesa y el seminario de Monstruos. Siempre le ha gustado la literatura por lo que considera que leer no sólo es interpretar textos para llegar a comprenderlos, sino que va más allá de identificarse con ellos: vivir las experiencias, compartirlos y disfrutarlos. Su mayor deseo es fomentar la lectura y la escritura de una manera divertida: que tenga sentido para la vida.

El abuelo

Mi abuelo ahora se encontraba postrado en una cama sin poder moverse ni decir una palabra. Siempre nos llevaba al parque y jugaba a las escondidas con nosotros. Mi abuela decía que nunca le gustó ocuparse de sus hijos y ahora sí lo hacía con los nietos. La mayoría de las veces hablaba muy mal de él, era como si una piedra dura creciera dentro de ella, llena de un gran resentimiento.

Mi vida se me ha ido, no sé si he sido un buen padre o un buen esposo. Sólo me da mucha tristeza dejar a mis hijos y a mi nieta tan pequeña. Tendrán que seguir adelante sin mí. Amada esposa, me gustaría que me perdonaras por todo el daño que te he causado. Siempre he pensado en ti e hice lo que creía correcto. Sé que ahora el techo de nuestra humilde casa se está derrumbando, ha de ser por tantas lluvias que han llenado de humedad el tejado y la madera podrida que con el paso de los años las polillas han carcomido. Sin embargo, durante muchos años fue el hogar de mi familia, donde crecieron mis hijos, donde estudiaron y terminaron sus carreras y donde mis nietos nacieron. Se cae cada pedazo como yo me estoy quebrando ahora.

Es triste ver a mi abuelo, creo que le duele mucho. Lo sé porque tratan de moverlo de lugar para sentarlo y grita. Y yo grito con él. Admiro a mi papá por quererlo tanto, lo

baña, le da de comer, lo limpia y se queda dormido junto a él. Creo que tiene miedo de que suceda algo y yo también lo siento. A veces quisiera que ya no sufriera tanto, que sus gritos y sus quejas ya no se escucharan más, que este calvario por el que está pasando terminara de una vez, que mi padre se durmiera conmigo cada noche en vez de estar con él. Pero eso sería muy egoísta. Lo miro y veo cómo sus ojos se cierran poco a poco. Mi madre dice que lo deje dormir pero yo quiero estar ahí cuando suceda. No sé qué es el cielo, no sé qué es la muerte, sólo tengo cinco años y muchas preguntas por hacer.

Quizá ha llegado mi hora, sólo veo que sufren, ya sea porque no me gusta la comida o me disgusta estar conectado a tantos aparatos. Deseo que lo sepan: es difícil para mí. No quiero generar más molestias de las que les he causado a mis hijos, al contrario, estoy agradecido porque la mayoría de ellos formaron su familia y van por un buen camino, saben que los quiero y que los llevaré dentro de mi corazón.

Sus ojos se han cerrado, ya no respira más. Lo he tocado y está totalmente frío. De pronto, han caído un par de gotas sobre su rostro, las paredes del cuarto se han vuelto oscuras, lúgubres: poco a poco, afuera comienza a llover.

El ave libre

Nunca había estado en una cárcel y ésta se parecía a una especie de pocilga. De pequeña siempre estuve acatada a ciertas reglas que, al pasar del tiempo, me di cuenta que no eran tan necesarias. Mi padre me enseñó el arte de conversar con los libros y amarlos, tenía tantos en su librero que me saboreaba los lomos de los títulos con tan sólo verlos.

La primera vez que tuve entre mis manos a Edmondo de Amicis me conmovió tanto su libro *Corazón* que viajé entre sus profundidades y quería ser aquel niño, Enrique, al que le gustaba contar todo lo que le sucedía en la escuela: a veces pasaba tristezas y otras veces alegrías. Pensé en un mundo donde podría existir la amistad de un amigo, la solidaridad de las personas al ayudar a otros y el sacrificio de padres y maestros que se preocupaban por darle sentido integral a la vida.

Sinceramente, no era del todo feliz, sufría algunos temores, soportando un padre que por un lado me inducía al mundo de la literatura pero que era violento, neurótico y alcohólico; una madre cuya sobreprotección sólo me provocaba miedo e inseguridad de no poder hacer ciertas cosas por mí misma. Pasé algunos años viviendo de esa manera, refugiándome cada vez más en los libros y con la esperanza de convertirme en un ave libre y ligera algún día.

A veces soñaba en una mariposa de grandes alas color lila y manchas color mostaza, otras veces era una leona de grande furia, capaz de comerme al mundo de un solo bocado, pero al despertar, la oscuridad de mi cuarto presenciaba cuatro paredes formadas por barrotes de gran metal. Prevalecía la esperanza, la esperanza de poder algún día crecer, la esperanza de ver qué hay más allá de las montañas y no quedarme en el mundo de *Pleasantville*, donde no existe nada; así que un día, después de tanto analizarlo, decidí embarcarme en la aventura de mi vida.

Escapé de mi propia cárcel con una mezcla de ácido fluorhídrico: solventándolo con algo de osadía y coraje deshice los barrotes y volé como la mariposa que siempre quise ser, llena de la furia del león para enfrentar al mundo; entonces descubrí cosas que jamás pensé que existían, un horizonte abierto a una biodiversidad de hogares donde las familias se aman, donde existe el amor por el hermano, la compañía y las historias de los abuelos, una despreocupación monetaria por solventar los gastos diarios de las cosas y, sobre todo, un mundo literario amplio y complejo lleno de seres rebeldes, bohemios, solitarios, intelectuales, depresivos y algo locos.

Diametralmente opuesto

Luis es mi mejor amigo, diametralmente perfecto, en el buen sentido de la palabra: dos ojos, dos orejas, una nariz, dos manos y dos piernas con sus respectivos dedos. No había nada raro o extraño en él. Su padre tenía un trabajo en una buena compañía, aunque a veces el dinero que ganaba se lo gastaba en el alcohol. Al nacer Luis, su madre falleció: no tuvo más hermanos, así que era hijo único.

Cuando yo tenía seis años intenté suicidarme, quería hacerles la vida más fácil a mis padres. Siempre me preguntaba, ¿por qué nací así? Constantemente le reclamaba a Dios: “¿Por qué no me diste lo que los demás tienen? ¿Por qué no me diste brazos ni piernas?”, pero amaba tanto a mis padres que no pude quitarme la vida en ese momento.

Conocí a Luis a los ocho años porque se mudó al lado de mi casa y siempre lo veía solo. Le dije a mi papá que lo invitara a jugar un día, él accedió. Cuando me vio por primera vez no dijo nada y sólo se quedó callado. Mi mamá le cocinó *hot cakes* y se puso feliz. Jugamos a los superhéroes y a los villanos, a las tortugas ninja y a los piratas. Él siempre ganaba y a veces me dejaba ganar.

Yo era diametralmente opuesto a Luis, tenía que utilizar la fuerza de mi boca para poder agarrar mis muñecos de batalla o emplear mis pequeñas extremidades, que parecían

pequeños pies saliendo de mi torso, para poderme mover hacia un lado y hacia otro. Y no se diga para ir al baño o sentarme en el sillón y mirar una película, siempre me tenía que levantar alguien.

A Luis siempre le gustaba estar conmigo, casi siempre me decía que era el hermano que nunca tuvo y también que me sintiera afortunado por tener una madre y un padre que me brindaban todo su amor y cariño. Una vez le pregunté a Luis por qué había aceptado jugar conmigo, a lo cual contestó: “Porque en mi casa vivo con miedo y tener miedo es peor que no tener brazos ni piernas”.

Si el mundo fuera justo

Un amante de la comida y bebida
se ha quitado la vida.
Fanático de los olores
de los huesos tostados
del pescado ardiente
apasionado por la carne de ternera
él era siempre irreverente.
Lo llamaban Trotamundos
mostrando el mundo diferente
siempre honesto y genuino
donde el caos, la guerra, la incertidumbre
eran Amor, historia y costumbre.
Su mayor placer, la comida
su mayor batalla, la cocaína
en silencio luchaba contra un demonio inquebrantable
de un lado oscuro, temible y vulnerable.

Todos tenemos un monstruo
una dualidad incompatible
que muestra lo perverso del ser humano
que nos hunde en la ira y la droga
que nos envuelve en lo dañino y maligno
que nos abre hacia lo satánico y lo depravado.

Por eso el mundo no puede ser justo
como en realidad quisiéramos que sea
es una lucha entre el bien y el mal
una lucha interior que solo Anthony Bourdain sabía:
“Si el mundo fuera justo yo estaría muerto un par de veces”.

Abraham Nava Cahue



Huandacareo, Michoacán. Licenciado en Educación primaria y amante de las cosas simples: un buen café, pláticas amenas, naturaleza, lectura, viajar... Desde niño descubrí que en mi cuerpo corría sangre huandacareña, sangre tarasca. Huandacareo significa “Lugar de oradores” y yo, desde temprana edad, sentí aprecio por la poesía: amaba la declamación. Tuve la oportunidad de participar en eventos culturales a nivel municipal y estatal. Con el tiempo dejé la declamación y adquirí el gusto por la escritura, mis primeras letras fueron a la edad de 12 años: desde entonces, aunque no muy a menudo, me gusta escribir: plasmar mis sentimientos en papel me provoca una sensación de libertad. Los libros son una creación magnífica del ser humano y una ventana al corazón del autor (y muchas veces: de uno mismo). Prefiero leer novelas, situación que me ha llevado a producir textos que se relacionan más con este ámbito.

Y tú, ¿quién eres?

Permanecía sentado a diario, en la misma banca, con pies y brazos de espagueti y cabeza de repollo. La gente lo veía mientras comentaban para ellos: “Qué vida tan miserable debe tener aquel hombre”; “No es posible que pase sus días sentado en ese lugar”; “No tiene futuro su vida, es tan joven y tiene una soledad tan grande”. Los comentarios eran tantos, que para él no eran desconocidos.

Aquel joven, que disfrutaba a diario de su pequeño rincón en aquella banca solitaria, encontraba para sí mismo un sinfín de pequeños y grandes momentos en soledad que le resultaban insignificantes los murmullos de quienes pasaban a su lado. Admiraba el hermoso paisaje, amaba el aire con sabor a helado, las dulces gotas de anís que caían del cielo en forma de lluvia, las algodonadas vacas berreando en su camino e incluso el gran lago de chocolate que contemplaba a diario. Era ya por muchos conocido y saludado.

–Buenas tardes señor Espagueti.

–Buenas tardes señorita Chocolate.

–Que tenga un maravilloso día señor Espagueti.

–Igualmente joven Tamarindo.

–Hasta pronto.

–Descanse señora Capuchino.

Y, aunque ya era identificado, pocos sabían de su vida. El señor Espagueti amaba caminar por los campos llenos

de dulces banderillas de coco en el suelo, también amaba darse chapuzones en toda clase de lagos, ríos y playas y había descubierto que cada uno de ellos tenía un sabor diferente. “Este es de chocolate, definitivamente no volveré... Este otro, de chongos zamoranos, me quedaré un día más... Aquel que era de coco, seguro regreso el año que entra... Y en el de café quiero una pequeña cabaña y disfrutar de él en mis días libres”.

El tiempo continuaba su curso y aquel hombre espagueti seguía para toda la gente, haciendo exactamente lo mismo de siempre. Sin embargo, al igual que todos tenía un cúmulo de preocupaciones, sólo que el resto de las personas no se había dado cuenta pues para ellos era simplemente alguien solitario y sin esperanza. Cierta ocasión ocurrió algo inusual, aquella banca tenía compañía, era el señor Espagueti conversando con una joven.

–Sabe, la gente dice que usted es un hombre miserable y hundido en su soledad.

–Muchos temen a la soledad porque no ven el tesoro que contiene.

–Ah sí, ¿qué puede atesorar la soledad?

–El poder de descubrirte a ti mismo.

–Eso es fácil, todos nos conocemos a nosotros mismos.

–Y tú, ¿quién eres?

La joven permaneció callada por largo rato y después, sin decir nada, siguió su camino. Días más tarde la gente del pueblo murmuraba que el señor Espagueti había hechizado a la chica, pues ahora eran dos las bancas ocupadas por personas solitarias.

Otra tonta historia de amor

Cierto día de invierno, cuando todo era frío, una pareja de amigos se encontraba en el interior de su casa discutiendo sobre lo absurdo que eran los noviazgos, cada uno defendía su punto de vista con un carácter fuerte y una actitud tan cerrada que era evidente que nadie cedería paso en el debate y no se tomaría tiempo para escuchar con atención la opinión de su contrincante. Tan fuerte era aquella batalla de palabras que los jóvenes, cansados de los gritos, no tuvieron más opción que besarse prolongadamente. Fue un beso eterno, capaz de concluir con aquella riña, tan profundo que sólo de ese modo lograron entenderse el uno al otro y hacer una conexión que los llevó a la determinación de unir sus caminos y compartir sus secretos más íntimos.

Nadie podía creer que en medio de gritos y discusiones aquella pareja se amara tanto. En sus días de aniversario y fechas especiales solían tener grandes discusiones que intrigaban a los vecinos y que en más de alguna ocasión alertaron a la policía por la brusquedad con que se trataban. Sus familiares a menudo sugerían una separación, sin embargo, aquella pareja cada día parecía encontrarse más enamorada.

Para su primer aniversario prepararon un buffet de temas entre los que destacaban: suegros entrometidos, la comida de la semana, los retardos en el trabajo y la ausencia de

sexo. En el segundo año juntos decidieron compartir ideas sobre el transporte y, mientras uno argumentaba la eficacia del metro la otra defendía a toda costa el andar en bicicleta. En su celebración del tercer invierno juntos, cuando ya no tenían mucho sobre qué discutir, ambos se sintieron preocupados por un instante, mismo en que sobre la piel de ella se posó un pequeño zancudo, mientras que en la de él lo hizo una asquerosa mosca, como su pareja la llamó. Fue justo ese suceso lo que en segundos desató la discusión entre aquellos amantes y no fue sino hasta las tres de la madrugada que decidieron dar fin a la conversación.

La pareja, como por común acuerdo, desde el principio de su relación en cada ocasión que discutían cerraban el tema con un prolongado beso y la separación de dormitorios a la hora de ir a la cama. Era para ellos uno de los más grandes detalles de amor, tanto que esperaban con ansias la siguiente ocasión para recibir aquel regalo que los excitaba.

Llegó la fecha del cuarto aniversario y la hermosa mujer comenzó los preparativos; esta ocasión todo era distinto, aquella dama había asistido durante los últimos días a diversas tiendas en busca de las mejores ropas para ir a la cama con su amado. Tenía lista la mesa con un menú exquisito y una elegante botella de vino tinto. En el ambiente sonaba una dulce melodía capaz de seducir a cualquiera. Cada rincón de la casa estaba iluminado con una luz tenue proveniente de velas con aromas afrodisiacos. La habitación donde él acostumbraba dormir los días de aniversario se hallaba inundada en pétalos de rosas, la cama contenía aquellas prendas que pretendía usar en el momento en que

su amor fuera consumado y había delicados pétalos de tulipanes acomodados con tal precisión que representaban a aquella pareja de enamorados; tanto era el detalle de aquella casa, cada rincón decorado de una manera tan perfecta, que hacía parecer que los mismos ángeles eran los encargados del evento.

La noche estaba casi lista, la chica revisó cada rincón de aquel hogar y sólo entonces se dio cuenta de lo maravilloso que lucía el cuarto de baño, con su tina de hidromasaje al centro, conteniendo una capa espumosa color rosado, la cual había sido lograda con jabones relajantes: cinco velas flotando sobre el agua, el sendero que conducía de la puerta de la habitación a la bañera estaba marcado por un camino de fuego y el aroma a manzana-canela esparcido en el ambiente, tan tenue que evocaba un estado de meditación profunda. El lavabo era adornado con una orquídea y en el espejo un texto escrito con rojo carmín que lo único que decía era el nombre de su amado. Tanto fue su esmero en aquel espacio que incluso le dio tiempo de hacer un corazón con ayuda de dos toallas que se entrelazaban en representación de ellos mismos.

La mujer no pudo evitar el dibujo de una sonrisa de satisfacción en su rostro. Miró el reloj y se dio cuenta que estaba a breves minutos de comenzar con la gran noche; después de todo su esmero, se recordó a sí misma que todo ese esfuerzo era por el bien de los dos y que después de la noche que estaban a punto de vivir, todo sería diferente. El tiempo pasó más rápido de lo esperado, los minutos se convirtieron en segundos y entonces se escuchó el motor del vehículo

perteneciente al hombre por quien dedicó todo el día a los preparativos.

El caballero entrelazaba ideas para la discusión que ya formaba parte de la costumbre de los unidos. Durante su trabajo comentó con algunos de sus amigos lo importante que era la fecha y lo nervioso que se sentía al recordar las dificultades en las que se habían visto envueltos un año atrás. Pidió algunas ideas sobre los mejores temas de discusión y elaboró una lista que organizó según las posibilidades de éxito para la batalla.

Cuando llegó a casa y estacionó el vehículo tomó la hoja, la observó, inhaló unas cuantas veces, se miró al espejo y se alineó la corbata; acto seguido, esparció un *spray* de menta en su boca, pidió para sus adentros tener una noche espectacular y encontrar las palabras exactas para que ese día surgieran sin dificultad hasta lograr consumir su amor. Luego de asegurarse que estaba listo, se dispuso a bajar del coche.

Al abrir la puerta de su casa una ola de aroma a vainilla lo abrazó adentrándolo en aquella escena. Todo estaba adornado por la música de “Belive in me”, de Lenny Kravitz. Atónito, caminó por el sendero de fuego que, en compañía de la conjugación de los elementos que componían aquel ambiente, lo arrastraban poco a poco a la seducción. Caminó lentamente y a cada paso que daba olvidaba cada uno de los preparativos que tenía para esa noche, se sumergía en un mundo de placer, completamente nuevo para sus sentidos, el cual gozaba como nunca lo había hecho en su vida.

El camino lo condujo hasta el comedor donde aguardaba su hermosa dama. Se encontraba de pie, sosteniendo una copa de vino que dirigió a su boca con sensualidad justo cuando el caballero entraba en la habitación. Portaba un hermoso vestido rojo adherido a su piel con un perfecto corte de sirena que resaltaba su figura, un escote pronunciado en la parte trasera que dejaba al descubierto su espalda. Su cabello se encontraba recogido dejando estratégicamente unos mechones ondulados que caían sobre sus hombros. Su joyería era discreta con la intención de dar ligeros destellos a su belleza, la cual enaltecía con unas zapatillas negras.

Aquel hombre la observó y no pudo pronunciar palabra alguna, seducido por la noche se acercó lentamente, tomó la mano de la chica y depositó en ella un beso en su delicada piel. Ambos se sentaron a la mesa, donde ya se encontraba el platillo que degustarían. La joven había preparado unos langostinos servidos en salsa de cítricos y acompañados de un exquisito vino tinto. Encendió el candil colocado al centro de la mesa, brindó por aquella noche y disfrutaron del magnífico banquete.

Terminada la cena procedieron al cuarto de baño donde lentamente se despojaron de sus prendas el uno al otro, acariciando con sus manos los cuerpos ya empapados de deseo y depositando suaves besos en el cuerpo del acompañante. Se adentraron en la burbujeante tina de hidromasaje que ya los esperaba y disfrutaron del agua cálida; platicaron, rieron mucho y descubrieron para ellos mismos un mundo dife-

rente al que habitaron durante su relación. Disfrutaban de los masajes que se hacían el uno al otro, sintiendo recorrer sobre su piel las manos del otro: esa noche se daban cuenta de cómo las yemas de sus dedos eran capaces de seducirlos a tal grado de querer fusionar sus cuerpos.

La ducha terminó y ambos se dirigieron a la habitación donde él había disfrutado de su vida pasada pero que hasta ese momento fue capaz de dejarlo inmóvil. La muchacha lo llevó entre caricias y besos a la cama, luego de recostarlo se alejó dejando en su oído unas palabras: “Esta noche será especial, ya vuelvo”. Paralizado, aquel ser no hizo más que estar acostado disfrutando de la gran sorpresa que se había llevado, no fue capaz de pensar en ninguna otra cosa, se obligó a olvidar todo el pasado que tuvo con su pareja, cada discusión y cada mal momento que habían vivido en su historia se iba borrando uno a uno desde el momento en que había regresado a casa.

La mujer volvió envuelta en el atuendo que con tanto esmero había elegido para esa noche. Se acercó a la pareja inmutada en aquel rincón de la cama. Lo tomó delicadamente por la nuca y lo acarició. Se envolvieron de besos y se fusionaron hasta formar un solo cuerpo. Esa escena fue la eternidad más breve que pudieron haber vivido, deseaban que no terminara, pero cuando todo acabó, ambos agradecieron con una gran sonrisa de placer.

Durmieron juntos y, al amanecer, cuando el chico despertó sintió sobre su mano un trozo de papel: lo tomó recordando la noche anterior y entre suspiros desdobló de-

licadamente la hoja. Cegado por la luz del amanecer sólo conseguía ver unas líneas escritas a mano, entrecerró los ojos y cuando fue capaz de distinguir el texto leyó una nota que decía: “Gracias por estos años que sin duda fueron maravillosos, gracias por esta noche que le da un giro a nuestras vidas. Me despido de ti no sin antes decirte que te quise como a nadie y que amé cada momento que pasamos juntos. Con cariño, Isabel”.

Heroica defensa

Historias van, historias vienen,
Unas nacen, otras mueren.
Antepasados nos cuentan que en tiempos de Revolución
Nuestra tierra fue atacada y se vivió con temor.
Durante la gran batalla Salvador Urrutia estuvo al frente,
Apenas tuvimos tiempo de organizar a la gente.
Cuando Inés Chávez llegaba con su horda bandolera,
Atacamos sin piedad hasta ahuyentar al maleante,
Rezando al Señor del Amparo la victoria fue inminente.
Eran más de 2000 sus hombres,
Ochenta y tres nuestra gente.

La noche de gran dolor

Oh si pudiera expresarlo
Del modo en que siento yo
 Oh gobierno maldito
 Cuánto careces de amor
 Dos mil doce es el año
 Que inició mi decepción
 Y para dos mil catorce
 Mi rabia se desató
Justo en tiempos de la patria
 Acribillaban otra vez
 Como aves de rapiña
 A mucho indefenso pez
Cuarenta y tres nos dijeron
 Que te llevaste esa vez
 Aquella noche mojada
 Que lloró su pavidéz
 Ayotzinapa está triste
 Iguala testigo fue
Guerrero grita sus nombres
 México gime de pie.

Noviembre | MMXVIII | 300 ejemplares
Talleres gráficos de Silla vacía Editorial

Taller literario



Huitzil

En contubernio de una tertulia
le pedimos permiso a un agónico lago
para procrear poesía y cuentos con tintes de autonomía

Como buenos huitziles que somos
todos compartimos la misma premisa:
abrevar de nuestros pasados para volar en un perpetuo presente
mientras polinizamos las grafías que a nuestro paso se encuentren





Taller literario
Huitzil

SILLA
VACIA
editorial

